

**PENÍNSULA**

# LOS HEREDEROS

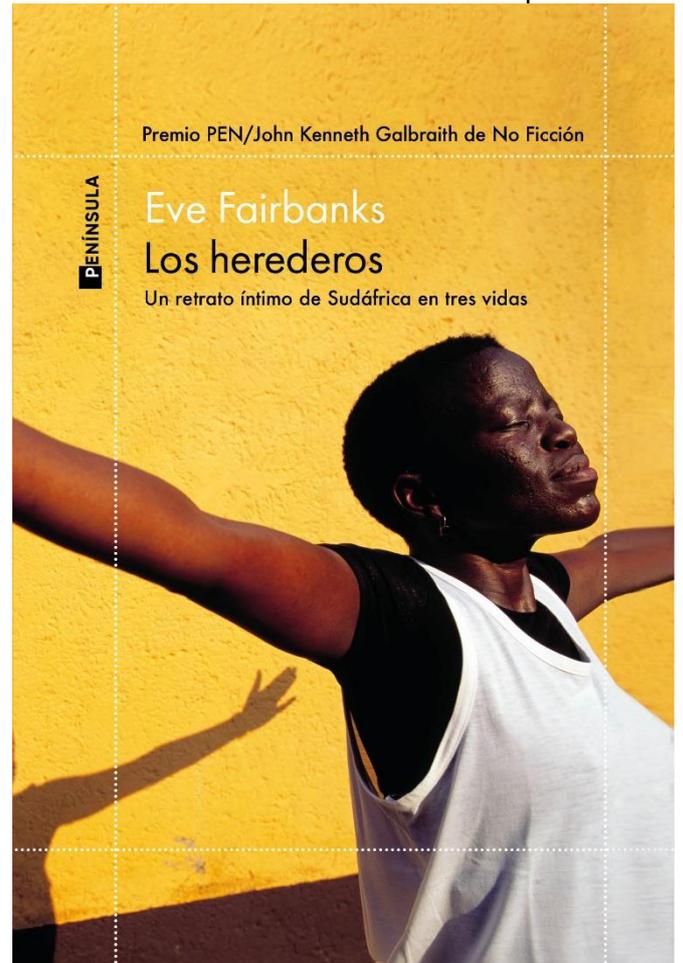
**EVE FAIRBANKS**

**UN RETRATO ÍNTIMO DE  
SUDÁFRICA EN TRES VIDAS**

TRES VIDAS QUE EXPLICAN EL  
PRESENTE DE SUDÁFRICA AL  
TIEMPO QUE DA VOZ A LOS  
HEREDEROS DE SU DOLOROSA Y  
CONFLICTIVA HISTORIA

**A LA VENTA EL 30 DE AGOSTO**

**\*Autora disponible para entrevistas**



**PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:**

**Laura Fabregat** | Responsable de Comunicación Área de Ensayo

**682 69 63 61** | [lfabregat@planeta.es](mailto:lfabregat@planeta.es)

## SINOPSIS

En 1994, el último régimen segregacionista racial del mundo cayó para dar paso a un nuevo sistema que carecía de precedentes y que dejaba a sus ciudadanos liberados y desamparados al mismo tiempo.

Esta es la historia de **DIPUO**, una de las activistas cuya lucha hizo caer el *apartheid*, pero también de su hija **MALAIKA**, que sobrevive en un mundo hostil y violento del que sigue sin sentirse parte. Y **CHRISTO**, uno de los últimos sudafricanos blancos reclutados para luchar por la supervivencia del antiguo régimen y cuya deriva es pareja a la de una sociedad que ha perdido sus privilegios y que vive anclada entre la nostalgia y el resentimiento.

*Los herederos* es un testimonio imprescindible de cinco décadas de historia y de los nuevos desafíos de un país que sigue en busca de la reconciliación.

## LA AUTORA

**Eve Fairbanks** es una escritora estadounidense especializada en política que vive desde hace trece años en Johannesburgo, Sudáfrica. Es licenciada en Filosofía Política por la Universidad de Yale. Obtuvo una beca Fulbright para viajar a Sudáfrica, así como numerosas becas de escritura otorgadas por el Institute of Current World Affairs, la Daniel Pearl Investigative Journalism Initiative, el Pulitzer Center on Crisis Reporting y el Writing Invisibility Project del Instituto Max Planck. Sus artículos se centran en mostrar los cambios, tanto físicos —de ciudades u otros escenarios— como ideológicos, morales o de identidad. En 2013, su trabajo fue nominado al Premio Livingston, el principal galardón estadounidense para periodistas menores de 35 años. Escribe para *The New Republic* y colabora con *The Washington Post*, *The New York Times* y *The Guardian*, entre otros.



«[...] Y era amable, y llevara la ropa que llevara siempre se agachaba y se sentaba en el suelo para conversar y reírse con Malaika. Su risa era como una de esas bombillas eléctricas que tantas veces no funcionaban: cuando Godfrey se reía, ella olvidaba que la luz, en la chabola, solo iba a ratos. Su país, Sudáfrica, había optado por la integración racial apenas en 1994, cuando ella tenía dos años. Siempre había existido escuela primaria para los niños negros —a los que se mantenía alejados de los barrios blancos mediante el sistema de segregación racial más estricto que jamás ha conocido el mundo—, a quince minutos de allí. Pero su madre le explicaba que, ahora que podía, le convenía más estudiar en una escuela que hasta hacía poco era solo para blancos para que, cuando creciera, se pareciera más a Godfrey; para que fuera una joven empoderada, libre, y para que tuviera mayor confianza en sí misma. »

«[...] Los barrios blancos se ondulaban en dirección a él hasta que las luces se volvían tan densas, tan brillantes, que imitaban la salida del sol. ¿Era eso Nunca Jamás? No lo sabía, pero a ella le parecía que sería suficiente.»

«[...] Y en cierto sentido sí, por allí había cruzado una tormenta. Hacía quince años, políticamente hablando, Sudáfrica se había convertido en un país diferente de la noche a la mañana. Imagina que despertaras en París y que una pequeña porción de China —un lugar que solo conoces por las noticias, o por esas etiquetas minúsculas cosidas a tu ropa— estuviera ahí, ya no lejana sino a la vuelta de la esquina, a cinco minutos a pie. Imagina que te acuestas en China y te levantas en París. »

«[...] **Algo así ocurrió en Sudáfrica en 1994. Tras unas elecciones, un Estado meticulosamente dividido en castas raciales —en el que los blancos redactaban las leyes, escribían las noticias de los periódicos más importantes e impartían clases de Historia en las universidades de mayor prestigio— se convirtió en el primer país contemporáneo en el que un pueblo negro sin derecho a voto pasaría a redactar las leyes, dirigir la economía, elaborar las noticias, decidir qué historia impartir y ejercer el dominio político sobre una sustancial minoría blanca. A diferencia de otros países poscoloniales, los sudafricanos blancos (un 15 por ciento de la población, aproximadamente) se quedaron para ser gobernados por el pueblo al que llevaban siglos oprimiendo. »**

«[...] **Con el *apartheid*, los blancos no solo eran la mayoría en los centros de poder. Seguían siendo, básicamente, los únicos ocupantes de los mismos. Y casi de la noche a la mañana, los muchos y célebres héroes de un gobierno que creía que tenía muchos enemigos pasaron a ser perdedores que habían trabajado en pro de una causa hundida y desacreditada. La gente**

**de color ocupó sus puestos en la presidencia, en el Parlamento, en los comités que deciden el contenido de los libros de texto de Historia.** Se trata de un grado de transformación de tal envergadura que muchas sociedades que viven cambios demográficos mucho más lentos apenas son capaces de concebir.»

«Así pues, lo que sigue es una historia que ilumina lo que tenemos por delante. Un libro de fantasía, pero real. A veces le digo a la gente que la historia reciente de Sudáfrica, *grosso modo*, condensa los doscientos cincuenta años de la historia de Estados Unidos en unos treinta, desde nuestra época anterior a la Guerra de Secesión hasta bien entrado nuestro futuro.»

«Una de las cosas que he aprendido es que todas y cada una de las personas pertenecientes a una sociedad sujeta a unos cambios como los que se han dado en Sudáfrica padecen (y se esfuerzan por adaptarse a) unos efectos totalmente imprevistos, tanto materialmente como a nivel anímico. Se esfuerza incluso la gente que deseaba ese cambio o que podía beneficiarse de él. Paradójicamente, he constatado que las personas que más necesitaban ese cambio o lo querían han sido a las que más les ha costado. »

«[...] Poco después de mi llegada a Sudáfrica, visité a un granjero llamado Andre. Había leído sobre él en un periódico. Durante el *apartheid*, apoyaba el régimen blanco. Pero después cambió de opinión. Una vez terminado el *apartheid*, inició un programa para formar a granjeros negros, a los que hasta entonces no se les había permitido poseer grandes granjas comerciales. Y consiguió que el sindicato de granjeros —todos hombres blancos de edad avanzada— lo apoyaran. Antes del alba, se acercaban en coche hasta las casas de sus vecinos negros para ponerse a su servicio. Moses, el vecino de Andre, que se crio pobre en una zona segregada, necesitaba ayuda para instalar un sistema de contabilidad digitalizado, y Andre se la proporcionó. Era una de esas historias edificantes. »

«[...] Pero a Andre le preocupaba algo que observaba en su hijo. Me contó que el chico despotricaba duramente contra el nuevo gobierno dirigido por negros, y que incluso se refería a las personas negras con un término despectivo que él no habría usado durante el *apartheid*. Y eso no era lo que se suponía que debía ocurrir. Se suponía que eran los sudafricanos blancos más viejos los que podían quedar atrapados en el pasado. Pero a Andre le parecía que también se estaban produciendo otros cambios extraños y temibles. —Me da miedo mi hijo —me dijo a través de la ventanilla. Bajó la voz—. Me da miedo mi hijo.»

## Dipuo

«A finales de la década de 1960, Johannesburgo era una ciudad de un millón y medio de habitantes. La capa de contaminación era tan espesa que Dipuo no veía los remates de los edificios que rodeaban la estación de tren. Pero casi la mitad de Sudáfrica se dedicaba a la agricultura productiva, y veinte minutos después de ponerse en marcha, por la ventanilla del tren ya veía vacas de espalda roja, antílopes y garcetas solitarias, plantadas sobre presas relucientes.»

«"La creencia general de los pueblos primitivos [de Sudáfrica], al parecer, es que todo tiene el mismo derecho a la tierra, al agua y a la luz del sol", escribió despectivamente un primer visitante europeo a la zona. La comunidad de la madre de Dipuo no lo veía como algo negativo. Si le robaban la vaca a alguien y no podía identificarse al ladrón, el pueblo en conjunto debía restituirla. Cuando un hombre sacrificaba una de sus vacas, se esperaba que regalara algún pedazo a sus parientes cercanos y lejanos.»

«[...] Pero cuando nació Matshediso, los misioneros ya habían abierto escuelas, y a la mayoría de ellas solo asistían niños. «La idea era que una niña, con el tiempo, se trasladaría a vivir al recinto de la familia de su marido, por lo que, ¿qué sentido tenía invertir en su escolarización?», me contó Dipuo. A las mujeres se las llamaba *mosadi*, que literalmente significa "las que se quedan en casa". Cuando una niña comenzaba a menstruar, todo cambiaba. Se empezaba a negociar su matrimonio, y cuando la familia de algún hombre pagaba su dote, se daba por sentado que se dedicaría a recoger las cosechas de su marido y, si este era el líder de su comunidad, a construir las casas de su segunda o tercera esposa. »

«Las mujeres no podían trabajar en las minas de oro. De modo que Matshediso se puso a trabajar en lo que la gente llamaba "las cocinas". **En aquella época, Sudáfrica contaba con escuelas separadas para niños blancos, niños negros, niños de origen indio y los llamados niños "de color", que eran fruto de uniones raciales mixtas. La raza estaba incrustada en los dígitos del documento nacional de identidad; determinaba qué podía hacer cada uno para ganarse la vida e incluso todos y cada uno de los pasos que podía dar.** En las ciudades, a los que no eran blancos no les estaba permitido salir de sus barrios [...].»

«En Johannesburgo, las mujeres negras eran criadas. Cocinaban y limpiaban, literalmente, en las cocinas de familias blancas. Cuando Matshediso llegó a Soweto, la expresión «las cocinas» se había desprendido de su significado específico y se refería a un lugar más simbólico: la zona de

la sociedad blanca reservada a la gente negra. «Las cocinas» significaba todo un mundo, un mundo en que niñeras negras criaban a niños blancos desde que nacían pero no asistían a sus ceremonias de graduación de bachillerato.»

«“Los blancos... tendían a dar a los negros sus sobras”, rememoró Dipuo cuando la conocí. Según comentó con amargura, las pocas veces que Dipuo acompañaba a su madre a “las cocinas”, las señoras blancas le daban a su madre las sobras al tiempo que abrían bolsas nuevas de pienso para sus mascotas. Pero después sonrió. “Para nosotros, era una comida buena.”»

«Pero en la década de 1970, la del nacimiento de Dipuo, surgió un nuevo líder. Steve Biko escribía columnas en periódicos sobre una filosofía que denominaba Conciencia Negra, una llamada a los sudafricanos negros a recuperar su dignidad inherente antes de pedir a los blancos que se la concedieran. [...] Los jóvenes de Meadowlands, la zona de Soweto en la que vivía Dipuo, se pasaban los artículos de Biko. Los hombres empezaron a llevar el pelo a lo afro, y las mujeres ponían la canción de James Brown “Say It Loud: I’m Black and I’m Proud”, en cintas de casete que traían de contrabando desde la vecina Botsuana. Fuera como fuese, Matshediso le contó a Dipuo que su padre se negaba a reconocerla como hija porque era “demasiado negra”.»

«En cierta etapa de su vida, Matshediso era tan pobre que no tenía ni las monedas que necesitaba para llegar en transporte público a “las cocinas”. Y tuvo que aceptar un trabajo más humillante: fregar los suelos de otras mujeres negras, mujeres con las mismas aptitudes que ella, iguales que ella. “Así que yo empecé a ocuparme de mis hermanos”, me explicó Dipuo. [...] Cuando tenía seis años, le nació un hermano, Vina, y a los nueve recién cumplidos otro, Ali. Según recordaba, este “era básicamente hijo mío”. En la práctica, Dipuo se convirtió en madre antes de los diez años.»

«[...] cuando tocaba aquellos escaparates, le quedaban los dedos pegajosos del limpiacristales que usaban unas mujeres negras para limpiarlos, mujeres que se levantaban antes del amanecer y que tenían que subirse a unas escaleras de mano tambaleantes. Aquello le recordaba a Dipuo que seguía afuera, en la calle. Y que cualquier empeño por acercarse a la vida de los blancos acababa por ensuciarla, de un modo u otro. Las puntas de aquellos zapatos también le deformaban la cara, ensanchando su nariz fina, “caucásica” en aquellas superficies que eran como espejos convexos, como para que no se le olvidara: a nuestros ojos sigues siendo negra por encima de todo.»

«En 1976, el régimen blanco permitió finalmente que pudiera verse la televisión en Sudáfrica. Cuando los televisores llegaron a Soweto, Dipuo lo interpretó como un empeño por parte del gobierno blanco de mostrarle al mundo que era básicamente moderado. “Pero a nosotros nos

servió para radicalizarnos. — Me dedicó una sonrisa breve, traviesa, alargando un poco más la ironía—. Ese empeño de la gente del *apartheid* por mostrar que era humana.»»

«Dipuo se preguntaba que, si el denominado estilo de vida blanco no podía ser natural para los negros, entonces por qué los ejecutivos de la televisión ganaban dinero mostrando ese estilo de vida a los habitantes de Soweto. Sin duda, eran conscientes de que los negros querían las mismas cosas que los blancos. Aquello — el reconocimiento de que los blancos sabían que mentían por conveniencia— hacía que el *apartheid* pareciera todavía más cruel. Oír decir a los blancos que vivir en los barrios o en los bantustanes era lo que los negros querían en realidad era algo que empezaba a indignar enormemente a Dipuo.»»

«Dipuo tenía solo cinco años cuando la mayor protesta *antiapartheid* estalló en Soweto. En junio de 1976, decenas de miles de estudiantes negros abandonaron sus escuelas para oponerse a la “Educación Bantú”, el programa académico más básico que el régimen del *apartheid* usaba en las escuelas negras. De todas las horas que los niños negros pasaban en clase, una cuarta parte la dedicaban a la costura, la cocina y la jardinería porque — en palabras del secretario de Educación de Sudáfrica— aquellos niños debían estar preparados para “ganarse la vida al servicio de los europeos”. La Geografía y la Historia, en realidad, no se enseñaban para nada porque, según recordaba un alumno negro, se suponía que los niños negros no tenían por qué “conocer las condiciones de su país ni la verdad del mundo”. [...]»

«A partir de ese año académico, las escuelas de Soweto estaban cada vez más vacías. Los alumnos negros quemaban públicamente sus documentos de identidad y pintaban en los muros de sus antiguos colegios el nombre de MANDELA. Al principio, Dipuo solo tenía miedo. “Muchos alumnos”, me explicó, se escondían en las casas de las señoras de sus madres, mientras ella se escondía como podía en su anexo y los disparos resonaban en las calles. »

**«Pero en 1986, cuando tenía catorce años, Dipuo también abandonó la escuela. Su madre se opuso. “Te matarán — le gritaba cuando Dipuo se preparaba para unirse a las protestas—. Esa gente [los blancos] siempre tendrá el poder. Vosotros no tenéis armas. No sois policías. Te pegarán un tiro, así de fácil, y desaparecerás. O te tirarán desde la décima planta de un edificio y dirán que te has suicidado.” »**

«La madre de Dipuo se negaba incluso a pronunciar el nombre de Nelson Mandela. Pero Dipuo sospechaba que su miedo a las autoridades blancas también se había convertido en una excusa para no hacer nada. Para ella, su madre representaba una aciaga ironía; gracias a décadas de campañas de represión, los blancos habían conseguido programar a una población negra cuyas

características parecían confirmar su propio prejuicio: su creencia de que los negros eran débiles y dóciles.»

«—Pero es que aquello era solo la típica rutina de los 14 días. Esa era la manera en que ella hablaba de ir a la cárcel: la rutina de catorce días. 14 días era el tiempo máximo que el gobierno del *apartheid* podía encarcelar a alguien sin presentar cargos. La policía metía en la cárcel a los manifestantes durante 14 días con tanta frecuencia como podía. Pero por más que la retórica *antiapartheid* hiciera hincapié en la indignidad del régimen, para Dipuo y sus amigas era importante proyectar poder, y su manera de hacerlo era dar a los demás (y a sí mismas) la sensación de que “la rutina de los catorce días” apenas les afectaba. **Que pasarse dos semanas sin cargos en una celda sucia, desnuda, no era gran cosa. Sin armas propiedad del Estado, sin tanques, sin una ley de su lado, parte del poder de las mujeres residía en una especie de estoicismo desafiante. Si sufrías, la victoria radicaba en sonreír mientras lo soportabas.** »

«[...] Los recordaba muy bien: jóvenes blancos de mirada dura y la munición colgada al cuello. Recordaba que, al mirarlos a los ojos, se convencía de que lo único que lo separaba de ellos, lo único que hacía que él no fuera tan eficaz como ellos como defensor de su pueblo, eran las armas. En lo demás, en la ira y en la determinación, estaban a la par. Lo que le faltaba era el equipo y la formación. »

«**En tanto que activista, Dipuo se decía a sí misma que su misión era “matar a cualquier persona blanca que viera».** Muchos activistas adoptaban alias “guerreros”: el suyo era “Stalin”. “Odiaba a los blancos — me soltó con sinceridad cuando le pregunté por aquel nombre—. **Habría matado a cualquier blanco de haberme encontrado con uno. Merecían morir. Si amenazabais nuestra libertad, no merecíaís vivir.**” Pero no era fácil. Aprisionada en Soweto, casi nunca veía a ningún blanco. Así pues, el Comité Popular y ella orientaban sus energías a eliminar a negros que colaboraban con el régimen blanco»

«**Un miércoles por la mañana de principios de febrero de 1990, a Dipuo le llegó un rumor. De Klerk había asumido la presidencia después de que su predecesor sufriera una embolia, y parecía decidido a cambiar el rumbo del país. Ya había anula-do la ley que prohibía que el ANC se reuniera en público.**»

«[...] Pero, por insólito que pareciera, Dipuo y Gadifele oyeron al locutor decir que era ahí, a ese lugar de blancos, adonde conducirían al día siguiente a Mandela, que se subiría a un estrado y pronunciaría un discurso. Al oírlo, Dipuo salió corriendo a la calle, donde empezó a congregarse más gente. Al describir el ánimo general de aquella noche, Dipuo usó el término “exótico”. En un

primer momento pensé que no había oído bien, que en realidad había dicho “excitante”. Pero no. Repitió el adjetivo: había dicho “exótico”. Soweto parecía transformado de arriba abajo.»

**—¿Creíais que os iríais de Soweto? — pregunté. —Creíamos que la libertad llegaría mañana — respondió Jacobetta tras una pausa. Me di cuenta de que había dicho “mañana”. La liberación de Mandela había sido catártica, pero no fue una liberación plena. —Queríamos que acabara el *apartheid* — añadió Gadifele—. Queríamos que liberaran a Mandela y que gobernara el país que nuestros enemigos les habían arrebatado a nuestros antepasados. — Teníamos sueños — intervino Dipuo—. Queríamos vivir una vida mejor. Pero desconocíamos los detalles. De hecho, no teníamos ni idea de los peligros que llegarían.**

«Un acontecimiento que tuvo lugar poco después de la liberación de Mandela sí encaminó la vida de Dipuo hacia una trayectoria diferente. Todo empezó con un encuentro con un joven de su Comité Popular. [...] No fue una historia de amor de dos personas que van cogidas de la mano.» Solo cuando sus amigas vieron que le crecía la barriga «empezaron a preguntar»; arqueó las cejas, expresiva. «¡Bueno, bueno! O sea que sí había algo más entre ese camarada y tú, ¿no?» »

«Dipuo tenía la impresión de que el gobierno blanco quería que las negras abortaran a sus bebés. De ese modo no solo se reducía el número de nacimientos de negros, sino que se reforzaba la idea de los blancos según la cual los negros eran un pueblo brutal que no pensaba en otra cosa que en matar a niños antes de que nacieran. Así que ella decidió seguir adelante con el embarazo.»

**«Dipuo la llamó Lesego. Es un nombre tradicional que significa “bendición”. Pero años después la niña informó a su madre de que prefería que la llamaran por su segundo nombre, Malaika. MALAIKA es un nombre mucho más común en África Oriental. Evoca pureza y falta de culpa. En suajili, a un recién nacido muchas veces se lo llama *malaika*, pequeño mensajero inocente venido del cielo. También puede significar “ángel vengador”. »**

«Dipuo se ofreció voluntaria para ayudar en el colegio electoral de Soweto el día de las elecciones de 1994. Algunas mujeres mayores lloraban de alegría cuando les empapaba el dedo con tinta después de haber votado. Pero cuando le pregunté algo más sobre ese día, me comentó, distante, que había sido “bonito” y que, como comunidad, “teníamos grandes esperanzas”. La realidad era que, para entonces, curiosamente, sus propios sentimientos se habían desinflado. »

«Después de dar a luz a Malaika, Dipuo volvió al instituto a estudiar secundaria en horario nocturno, aprobó y consiguió trabajo en la capital, Pretoria, en una ONG financiada por Estados Unidos. Los extranjeros y su dinero entraban a raudales en Sudáfrica, y pudo comprarse una

nevera y una mesa larga como las que en su recuerdo tenían los blancos en los salones de las casas en las que trabajaba su madre. »

«[...]Dipuo había llegado a sentirse incómoda con el propio Mandela. Meses después de que Gadifele y ella hablaran con él en el estadio de Soweto, empezó a reflexionar sobre lo que este había expresado. Tras los saludos, su discurso había adoptado un tono intimidante, paternalista. «Los temores de los blancos... son un obstáculo que debemos comprender y abordar — había sermoneado a los congregados—. [...] Aquello dolía. [...]cuando Mandela obtuvo la libertad, empezó a actuar como si los negros hubieran de convertirse muy probablemente en el problema de Sudáfrica para avanzar. **Parecía dar a entender que los temores de los blancos, que su ira y su desconfianza, debían ser atendidos, y que el peso de mostrarse tranquilizadores había de recaer en los sudafricanos negros.** »

**«Era como si la representación de aquello de que eran capaces los negros hubiera llegado hasta Mandela. Como si la caída del *apartheid* hubiera hecho que las ideas generales que los blancos tenían de los negros llegaran a los peldaños más altos del poder negro; ideas de las que, paradójicamente, la segregación los había mantenido al margen.** »

«Dipuo también se preguntaba por qué algunos de sus antiguos camaradas y héroes se estaban enriqueciendo tan deprisa mientras otros seguían siendo pobres. ¿Acaso creían que la liberación negra era individual y no colectiva? Los sudafricanos negros empezaron a percibir que, a veces, los trataban peor aquellos llamados diamantes negros que las personas blancas.»

«Dipuo empezaba a creer que las actitudes que los blancos habían mantenido antes del fin del *apartheid* no habían sido erradicadas, sino que se habían ocultado, algo así como lo que ocurría, según los médicos, con el VIH, que incluso con tratamiento se retiraba a resquicios escondidos del cuerpo para reaparecer si una bajaba la guardia. Le resultaba increíble lo rápidamente que parecían haber dejado atrás su reputación dañada y lo deprisa que habían vuelto a posicionarse como árbitros de la racionalidad y proveedores de compasión en Sudáfrica. “Quizá — pensaba amargamente— es que nunca llegaron a admitirlo.” »

«Durante la década de 1980, miembros del Comité Popular de Dipuo presionaban a sus vecinos para que hablaran lenguas negras en lugar de afrikáans o inglés, e insistían: “*Why ukhuluma iEnglish singa, bodarkie?*”. Esa última palabra, *bodarkie*, era una adaptación de uno de los insultos que usaban los anglófonos para referirse a los negros. **Es decir, que incluso aquella frase despectiva que Dipuo empleaba para recordar a sus vecinos que no se acercaran en exceso a sus opresores revelaba lo enredados con ellos que ya estaban. No existía ninguna historia**

**escrita de la vida negra precolonial que no hubiera pasado por el filtro de los temores y los deseos de los blancos. »**

«Dipuo ni siquiera llegó al hospital a tiempo de ver a Godfrey con vida. Cuando le contó a un compañero de trabajo que su hermano estaba herido, él aceptó llevarla en coche al hospital para que no tuviera que tomar varios taxis compartidos. Pero al final, al llegar cerca de la entrada del barrio, se detuvo y dijo que no se sentía seguro al entrar en una zona “negra”, y la dejó bajo el puente elevado de una autopista para que cubriera a pie el último tramo. Ese hecho lo resumía todo: la supuesta disposición de su sociedad por tratar a los negros con igualdad y compasión terminaba cuando se presentaba la oportunidad y la persona en cuestión se echaba atrás.»

**«Se trataba de una sensación rara, pero Dipuo empezaba a ser consciente de que, de los blancos, envidiaba su liberación, como si estos se hubieran liberado más que los negros. Percibía que se habían liberado de su estatus de parias con poco coste material, mientras que los negros habían quedado cargados con pesadas expectativas nuevas. »**

«Y entonces se escuchó la voz de Mandela por la radio, en directo. “Nuestro dolor y nuestra indignación son reales — declaró con voz serena—. Y sin embargo no podemos permitir que nos provoquen.” Dipuo recordaba haber pensado: “Esto es una trampa”. Creía que los líderes blancos debían de haber organizado el asesinato de Hani para que hubiera disturbios y tener así una excusa para dar marcha atrás en la transición democrática. (Una investigación gubernamental demostró que su intuición era acertada en parte al vincular la muerte de Hani con un parlamentario conservador blanco.) [...] **Era una idea lúgubre. ¿Lo de llegar al poder iba a ser así? ¿Sería como sentirse vigilado? Los sudafricanos negros no generaron disturbios masivos. Pero, transcurridos más de diez años, Dipuo aún sentía que le habría gustado poder manifestar que, íntimamente, estaba con Hani, que no era tan conciliadora como Mandela, o tan perfecta. Lo mismo les ocurría a otros. »**

«[...] Le pedían café, olvidando que no era una criada. Y le solicitaron que se cortara las rastas, alegando que era una “norma” para las mujeres profesionales llevar media melena. Al principio, en un par de reuniones, Dipuo levantó la mano para sugerir una idea. Había sido directora del Comité Popular antes de cumplir los diecisiete. Estaba acostumbrada al liderazgo. No se le pasaba por la cabeza que sus contribuciones pudieran no ser valiosas. Pero nadie le dio la palabra. “Mis jefes esperaban que los negros realizaran tareas administrativas — me explicó Dipuo con tristeza—. Pero no creían que los negros pudiéramos ser creativos. No creían que los negros pudieran ser genios.” »

«[...] Dipuo me contó que había decidido no “presionar” a su hija. Solo le haría preguntas si Malaika sacaba el tema. Ese era el ideal: que los niños negros, en la práctica, llegaran a escoger qué dolor permitían que hiciera mella en sus vidas. Después del *apartheid*, podrían escoger no solo dónde querían vivir y a qué clase de trabajo querían dedicarse, sino también la naturaleza misma de la realidad. Podrían decidir si cosas como la pobreza o los traumas tenían algún poder sobre ellos. Dipuo me dijo que, si Malaika no mencionaba el trauma, ¿acaso tenía derecho ella a decirle a su hija que había sido un trauma? Quizá Malaika hubiera decidido que no quería que aquello pasara a formar parte de su historia. »

«[...] Cuando salió del hospital psiquiátrico, decidió dedicarse al empeño deliberado de mejorar como persona. «Recuerdo haberle dicho a Malaika: “Es que he cometido muchos errores”, me dijo. “Le dije: “Te quiero. Lo siento. Tengo problemas. Y esos problemas me han afectado como madre”.” Mientras se encontraba en el hospital, la agencia de publicidad la despidió. Se trataba de un despido ilegal, y Dipuo quería llevarlos a juicio. Pero la empresa la amenazó con presentar contrademandas hasta que renunciara al caso, lo que supondría una carga económica muy grande para ella. Poco después, a Malaika le diagnosticaron un importante soplo cardíaco.»

«Durante tres años, Malaika estuvo tomando una medicación muy cara — me contó Dipuo—. “Tuve que escoger entre salvarle la vida a mi hija o preservar la mía.” Le costó encontrar trabajo, porque tenía poca solvencia bancaria. “Lo perdí todo.”»

«Desde que era joven, no había dejado de buscar un padre. Primero en Oliver Tambo, aquella voz incorpórea de la radio; después en Mandela, y posteriormente en Chris Hani. Ahora Hani estaba muerto. Muchos de sus héroes la habían decepcionado. Quizá el error estuviera en buscar la ayuda en el exterior. [...] Solo pudo permitirse a un estudiante de prácticas, que era hombre y era blanco. »

«”Creíamos que nuestros hijos debían estar agradecidos y callarse”, me dijo Dipuo. Ella dejaba que Malaika leyera sus panfletos históricos sobre la lucha por la liberación. Pero también intentaba ocultarle aspectos importantes de su propia juventud y su dolor. Un día, habíamos ido juntas a visitar a Gadifele en su casa, y al salir le pregunté a Malaika si sabía que el lugar en el que tantas veces había jugado con los hijos de Gadifele había sido un hito en el movimiento *antiapartheid*. —No — me respondió Malaika en voz baja—. Nunca supe en qué medida mi madre y Gadifele contribuyeron a la lucha. —Sabías que mi hermano Kgadi estaba en el exilio — la interrumpió Gadifele. —No, no lo sabía — replicó Malaika. Gadifele permaneció unos instantes en silencio. Para ella había sido importante creer que Malaika estaba al corriente la historia negra, pero también, paradójicamente, imaginar que Malaika podía ser desconocedora de ella. »

«[...] Cuando descubrían la historia y la identidad negras, la tardanza en ese conocimiento los indignaba. “A nosotros nos parece que intentamos proteger a nuestros hijos — comentó Mangcu—. Pero nuestros hijos empiezan a abordar aquello que nosotros no hemos abordado.”»

«Desde que conocía a Dipuo, siempre me había asombrado que sus camaradas la llamaran “Stalin” en los años ochenta. A mí me parecía una persona apacible. Pero durante ese almuerzo creí ver por primera vez un destello de aquella “Stalin”. Mientras me contaba el encuentro con el médico y el final de una década de intentos de resolver sus decepciones, su tono era desapegado, casi duro, como si no estuviera dispuesta a permitir que ese nuevo problema la derrotara. Como su estuviera decidida a presentar batalla, como había hecho siempre. Pero aquello duró solo unos minutos. Era demasiado. Dipuo me confió que cuando Malaika, hacía unos días, había vuelto de la universidad para pasar un tiempo en casa, ella se iba a escondidas al baño contiguo, de noche, a vomitar, y lo hacía en silencio para no despertar ni asustar a su hija. [...] Ella siempre había relacionado el cáncer con las personas blancas. Con su piel pálida, con su “estrés” y con las tecnologías que les obsesionaban, como todos aquellos suplementos alimenticios y aquellos microondas. Las matriarcas de su familia nunca habían tenido cáncer. Cuando compartió el diagnóstico con dos de sus amigas de Soweto, especularon que segura-mente se debería a algún “gen recesivo” que le había pasado su familia paterna, con su antepasado blanco.»

«Durante mucho tiempo se había preguntado a sí misma si de alguna manera era culpable, a pesar de ser una de las personas que en los libros de historia aparecen como intachables; si, de hecho, era alguien a quien Hitler podría entregar una medalla. Y durante toda su vida había luchado por montar expectativas y sueños cruzados: el deseo de resistirse a lo blanco y la presión de tener que demostrar que podía acceder a la cultura blanca y salir airosa. A mí me asombró que, aun en su sueño, tuviera que cruzar una línea de meta. Dipuo me contó que soportaba los tratamientos con cannabis porque quería «ver a Malaika caminar hasta el altar». Pero en mayo de 2017, a los cuarenta y cuatro años, Dipuo se desplomó en su casa. [...] A las 6:30 de la mañana siguiente Dipuo fue declarada muerta. En Facebook se publicaron miles de homenajes a una “luchadora”, a “Stalin”. Dipuo tenía más amigos de lo que daba a entender. O tal vez es que sabía que algunos de ellos no eran tanto amigos como admiradores. Y es posible que, entre otras cosas, hubiera aprendido que unos y otros no son lo mismo.»

## Malaika

«En la escuela, unos años más tarde, los maestros de Malaika insistían en que sus compañeros y ella recordaran y recitaran los detalles del “milagro sudafricano”, como llamaba la gente a la

transición democrática. Les enseñaban que su verdad era como las matemáticas, asombrosa pero incuestionable. Malaika recordaba que un maestro se enfadaba y golpeaba a los alumnos en las manos con una vara de madera “si no sabíamos cuántos años había pasado Mandela en la cárcel. En el colegio nos enseñaban cuatro cosas: religión, matemáticas, lectura y Mandela”.»

«Con todo, aquella insistencia en lo milagroso se topaba con la realidad diaria de Malaika de una manera que le resultaba desconcertante. Por lo que su madre y su abuela contaban de sus vidas durante el *apartheid*, no parecían tan diferentes de la suya. Como no podía permitirse comprar un paraguas, muchas veces se mojaba camino del colegio. Y con frecuencia tenía hambre, mucha hambre. »

«¿Tú sabes qué son las deportivas Converse? — me preguntó Malaika—. Cuando hace mucho frío, esas zapatillas no abrigan nada. Y cuando hace calor, dan mucho calor.” Pues así era también el chamizo. “En invierno, podía hacer más frío dentro que fuera.” Para calentarlo, su abuela colocaba una pieza de hierro corrugado sobre los dos fogones para que el calor irradiara. A Tshepiso le encantaba el calor, y a veces se acercaba tanto que se caía encima de aquel metal ardiendo. Todavía tiene las piernas cubiertas de cicatrices. »

**«A Dipuo le parecía mal que la gente que tenía más que ganar con el fin del *apartheid* se quedara en el camino justo cuando empezaban a hacer las cosas que hasta entonces habían tenido prohibidas; coquetear, hacer el amor, vivir, simplemente.** Los blancos también contraían el VIH. Pero las campañas de concienciación — carteles con dibujos esquemáticos, de rostros marrones, que hacían malabares con condones— se dirigían sin duda a los negros.»

«Dipuo y Malaika se reían en privado de los blancos que decían ser sus “aliados”, y se burlaban de sus rastas mal hechas y de sus camisas de estampados pseudoafricanos. Dipuo se acordaba de dos jóvenes blancos que se instalaron en Medowlands unos meses. «Decían que antes eran vegetarianos, pero que en Soweto querían comer carne con las manos para estar “con la gente”. Se expresaban en un lenguaje que nosotros no usamos. Un lenguaje violento. Tenían un cartel que ponía “¡A la mierda los supremacistas blancos!” Se echó a reír de nuevo. Aquellos dos blancos parecían esperar que Dipuo y sus amigos fueran unos robots progresistas que soltaran por la boca teorías raciales cada vez que les daban cuerda.

«Cuando Malaika cumplió once años, Dipuo le dijo que la había matriculado en la escuela primaria de un barrio que había sido de blancos. Algunos de aquellos centros educativos se dedicaban entonces a reclutar de manera activa a alumnos negros, y Dipuo se gastó una cantidad considerable de dinero en comprarle cosas nuevas: la falda negra y el jersey azul turquesa, una mochila nueva, e incluso una fiambarrera de plástico con unos dibujos muy bonitos. »

«[...] Aquellas niñas olían muy bien, a perfume de gardenia o a champú de lavanda. A Malaika le parecía que ella olía a tubo de escape de autobús. Pasaron varios meses hasta que sus compañeros de clase le oyeron la voz. Ese día, la maestra de lengua inglesa de cuarto entró llorando en clase. “La señorita Martin era muy susceptible — recordó Malaika—. Era una profesora muy dulce, y ese día no paraba de llorar.” Algunos alumnos le preguntaron en voz alta: —Señorita, ¿qué le pasa? —Mi perro ha desaparecido — respondió ella entre sollozos. [...] Pero empezó a reír, y se rio tanto que se le saltaron las lágrimas. Sus compañeros de clase permanecieron en silencio. —¿De qué te ríes? — le preguntó la señorita Martin con mala cara. —¡Solo es un perro! — balbució Malaika entre toses—. ¿Quién llora por un perro? «Las otras niñas me fulminaban con la mirada — recordaba Malaika—. Pero cuanto más me miraban, más me reía yo. En mi mundo, un perro no es un asunto serio. Cuando desaparece un negro, es algo así como “Ah, bueno”. »

**«”Tendrías que oírlos hablar de sus animales — intervino Dipuo—. Los llaman ‘bebé’. El mismo hombre blanco que obliga a un negro a subirse en la parte trasera de una furgoneta abierta, a pesar de la lluvia y el viento, pone a su perro en el asiento del copiloto.» »**

«La señorita Martin miró a Malaika mientras esta se reía, no tanto con desagrado sino con fascinación. A ella también le sorprendió que Malaika se expresara bien en inglés. Muchos maestros blancos de la Escuela Melpark de Primaria no exigían demasiado a Malaika porque para empezar les parecía tan milagroso que estuviera en una escuela que hasta hacía poco era de blancos que no pretendían que, además, tuviera un buen rendimiento. En una ocasión, una maestra de matemáticas le pidió que se quedara en el aula al terminar la clase porque había sacado una buena nota en un examen. Empezó a repasar todas las preguntas, reformulándoselas, queriendo saber “cómo las había sacado”. Aquella maestra no parecía enfadada, sino simplemente perpleja. Malaika se daba cuenta de que «le desconcertaba que una niña negra hubiera respondido correctamente el 99 por ciento del examen». »

«En una ocasión, Malaika publicó un texto cargándose una feria literaria sudafricana por sus prejuicios raciales. Al día siguiente recibió un correo electrónico del organizador blanco del evento. «Por favor, ven a hablar con nosotros», le suplicaba. Así que fue y, «básicamente», le dijo al público congregado: «¡Os podéis ir a la mierda! ¡Todos vosotros, los blancos, estáis haciendo cosas terribles!». Y la gente aplaudía enloquecida. Durante un momento se sintió desconcertada. ¿Es que esa gen-te no se respetaba nada a sí misma? Pero entonces se dio cuenta de que se aplaudían a ellos mismos, que celebraban su propia disposición a recibir el golpe. »

«No sabía si, en parte, el empeño de los blancos en mostrarse generosos era para subrayar — sin palabras— las carencias de los negros. Para justificar el estatus que los blancos seguían

ocupando en Sudáfrica sometiendo a los sudafricanos negros con aspiraciones a la comparación constante, infeliz, entre una versión chispeante y gloriosa de la sociedad blanca y la realidad pura y dura de las comunidades negras.»

«Malaika me comentó en una ocasión que «a medida que aumentaba el número de negros» en los barrios que antes habían sido blancos, los negros «extrañamente, se volvían algo más ajenos, un poco menos negros». Según ella, empezaban a imitar a sus vecinos blancos: levantaban altos muros, cerraban la puerta con llave, [...]»

«Una mujer a la que conocí en un barrio que antes era de blancos se había convertido en *coach* personal. Tenía un blog de consejos para otras negras que aspiraran a acceder a la clase alta. En una de sus publicaciones ofrecía recomendaciones sobre cómo tratar a las criadas. Dales solo media barra de pan para el almuerzo, recomendaba. Una barra entera se consideraba un exceso de amabilidad. Las criadas podían llevarse a casa las sobras, lo que implicaba que una entendía que tenían familia. Advertía a las mujeres negras contra el instinto de tratar a sus criadas como si fueran hermanas. Según ella, las mujeres negras que deseaban ascender en la escala social debían actuar como señoras blancas para que las criadas las respetaran. De hecho, era posible que tuvieran que mostrarse más altivas y distantes para marcar su autoridad. Cuando le leí ese texto a Malaika, ella apretó los dedos y silbó. ¿Acaso las sudafricanas negras no habían aprendido nada? »

«[...] Cuando Malaika empezó a ir al instituto también empezó a escribir, primero en Facebook, después en periódicos locales. La invitaban a dar conferencias en universidades extranjeras y organizaciones internacionales de desarrollo. Muchas veces le pagaban unas dietas que ella consideraba exageradas. «Digamos que te vas cuatro días a Etiopía y te dan 60 dólares para cada cena», comentó. Su primer impulso fue apartar ese dinero para Dipuo. Malaika se llevaba a escondidas platos de comida de los bufetes del almuerzo y los metía en la habitación de su hotel, donde los guardaba para la cena, con lo que se ahorra dinero.[...] Le compró a Dipuo muebles antiguos, de los que Godfrey traía a casa. Pero también tenía su propio sueño. En 2013, Malaika había conseguido ahorrar casi mil dólares con los que pensaba iniciar un viaje por otros nueve países del África subsahariana.»

«[...] **Los sudafricanos negros suelen llamar a los emigrantes de otros países africanos ‘africanos’, como si ellos, los sudafricanos, no lo fueran. Cuando Malaika regresó de su viaje, sus amigos le preguntaban: “¿Y qué? ¿Hay carreteras allí, en África?”.**»

«[...] En su campus, Malaika se descubría a sí misma atacando verbalmente a los alumnos blancos, así como a los negros que los escogían como aliados. Durante una reunión, una compañera suya,

también activista, propuso que los blancos comprensivos podrían servir a los alumnos negros de “escudos humanos” en las protestas. La idea subyacente era que los policías negros seguían dudando más a la hora de disparar contra jóvenes blancos que contra negros. Malaika me confió que lo que más rabia le daba era que “seguramente tenía razón”. »

**«[...] Se daba cuenta con tristeza de que siempre se había fijado más en la generosidad que le ofrecían las personas blancas. Era algo que llamaba más la atención por lo inesperado. Pero al pensar más en ello, una explicación más sincera apuntaba a que eran en su mayoría negros los que le habían facilitado su viaje vital »**

«Cuando hablábamos de Mike, a Malaika le faltaba poco para graduarse en la facultad. “Mike me ha preguntado: “¿Qué ropa necesitas? ¿Qué peinado quieres hacerte?”. Quiere pagarle los billetes de avión a mi madre y a mi abuela para que vean cómo se gradúa la primera persona de nuestra familia.” También le financió la autoescuela a Malaika, para que esta pudiera ofrecerle a su madre la experiencia sudafricana definitiva de estatus y libertad: conducir coche propio, en lugar de tener que montarse en minibuses compartidos. Con el apoyo de Mike, “voy a comprarme mi primer coche”, me contó Malaika. Cuando se lo contó, su madre “se emocionó tanto que hasta se puso a llorar. “Ahora tendrás algo que será tuyo y solo tuyo”, me dijo”. La conversación llegó a un punto muerto, y permanecimos en silencio un buen rato. “Mike Maile — dijo ella en voz baja, como en una ensoñación—. La primera vez que fui de “vacaciones”, fue con él.” »

«Con todo, a mediados de la década de 2010 vi que, en la página de Facebook de Malaika, surgía otra clase de conversación, menos anclada en los debates nacionales de Sudáfrica sobre la influencia blanca y el valor negro. Sus amigas hablaban sobre género, sexo, y sobre qué empleos o relaciones les harían felices, sin más. Compartían luchas generacionales, como por ejemplo el paternalismo con que los trataban sus padres.»

**«¿Dónde estaban las cicatrices visibles? —Me siento identificada con eso — comentó Malaika en voz baja—. Yo no quiero a los blancos. No te voy a mentir. Pero — prosiguió, con más firmeza en la voz— no quiero, de veras que no quiero ver que los blancos sufran o son agredidos. Porque he visto lo que les ha pasado a los negros. No quiero que los niños blancos sufran. No quiero que los echen de sus casas. No quiero verlos cargando con sus bolsitas. Era triste oírta tan dolida ante la idea del sufrimiento de los niños blancos. Era capaz de empatizar con su posible sufrimiento precisamente porque ese sufrimiento era el que los negros habían soportado de manos de los blancos. —Eso fue exactamente lo que nos hicieron los blancos — dijo—. Borraron nuestra humanidad. Así que ahora, cuando los negros empiezan a decir que los blancos no tienen humanidad, a mí me asusta.»**

## Christo

«Esas actitudes desafiantes eran vitales para los antepasados de Piet. A mediados del siglo XVII, el director de una empresa dedicada al comercio de especias llamada la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (la VOC, por sus siglas en holandés), estableció la primera colonia en la punta más meridional de África. En un principio, se suponía que Ciudad del Cabo debía ser solo una “estación de avituallamiento” para los barcos holandeses que se dirigían a mercados de especias más ricos en Oriente. Uno de los antepasados de Christo, Johan Depner, fue soldado de la VOC al que destinaron al cabo de Buena Esperanza para defender las viñas y las granjas de trigo que la compañía había establecido allí. »

«La promesa de un nuevo mundo en alguna otra parte era un importante faro de esperanza. Locke llamaba a la mente que nacía una *tabula rasa*, una pizarra en blanco. Por desgracia, esa pizarra solía llenarse de garabatos sin sentido e ideas equivocadas cuando su dueño era un niño, lo que lo condenaba de adulto al prejuicio, la confusión y el pecado. Se creía que la propia Europa era como el adulto sometido a esas cargas: afirmaba que podía crear un mundo perfecto, pero constantemente se le recordaban sus fracasos a la hora de lograrlo, que se cifraban en guerras persistentes, epidemias, burbujas económicas y pésimos dirigentes.»

«La localidad vivió una especie de fiebre del oro: el tatarabuelo de Trudie contaba historias de su padre, que de niño recorría muchos kilómetros hasta llegar a las vías del tren de la costa, y se encajaba entre los raíles y veía pasar las locomotoras apenas un palmo por encima de su cuerpo, que avanzaban escupiendo cenizas de camino a Ciudad del Cabo. Y sin embargo, la familia abandonó el lugar. A mediados del siglo XIX, grupos mucho más numerosos de europeos se dirigieron hacia el interior en convoyes de carretas tiradas por bueyes. Llegaron a conocerse como *voortrekkers*, “los que abren camino”. A medida que se adentraban en el interior, llegaban noticias de que casi todos los hombres de aquellos grupos de pioneros morían de malaria. Pero aquello no hacía sino aumentar la emoción.»

«Algunos jóvenes europeos de la nobleza empezaron a viajar hasta el sur de África en una especie de vacación aventurera. Escribían sobre los colonos blancos a los que se encontraban, y que eran tan distintos a ellos, con desprecio mal disimulado. [...]En todo caso, aquellas descripciones dolían a los colonos afrikáners. En su contraataque, algunos consideraban que su epopeya emprendida en carretas tiradas por bueyes era «el último viaje», el trayecto final, figurativo, que los europeos debían emprender para demostrar su derecho a ejercer el dominio sobre la tierra. Se contaba la historia de una mujer afrikáner que, obligada a dejar de avanzar por orden de cierta prepotente

autoridad colonial, había gritado: “¡Estamos dispuestos a cruzar descalzos [las montañas] y a morir en libertad!”. »

«[...] A principios del siglo XX, los afrikáners (que constituían poco más de la mitad de la población blanca del país) iban convirtiéndose, de manera creciente y cada vez más visible, en una clase marginal.[...] Al constatarlo, un grupo de líderes afrikáners decidieron intentar revertir la situación. Desarrollaron el dialecto holandés que hablaban, el afrikáans, hasta convertirlo en una lengua académica, y crearon sociedades de ayuda mutua para que unos afrikáners pudieran invertir en los negocios de otros. Y entonces, en 1938, organizaron un acontecimiento.»

«[...] aquellos ojos tan redondos... no los olvidaré nunca. Aún tan pequeño, tan poquita cosa — se rio— ya era guapo.» Por un momento se preguntó “qué clase de persona sería”, qué haría de él el mundo. Cuatro años antes, un cartero anticolonialista había apuñalado al primer ministro Hendrik Verwoerd, causándole la muerte en el Parlamento de Sudáfrica. En 1970, pocos meses antes del nacimiento de Christo, un importante clérigo inició una campaña contra el *apartheid* en el extranjero.»

«Cuando Trudie volvió a quedar encinta, el médico le informó de que se trataba de un embarazo de riesgo, y le recetó reposo. Durante meses, Elsie se ocupó de todos los trabajos de la casa. Christo aún era un bebé y Elsie lo acostaba. Y lo levantaba por la mañana. Era ella la que decidía cómo peinarlo, qué ropa ponerle. Lo bañaba y se fijaba en que sus ojos, con la edad, se le oscurecían cada vez más. »

«“Desde muy joven ya parecía un adulto”, me dijo. Johannes le dejó una furgoneta cuando tenía dieciséis años. Como Thomas expresó su admiración por ella, Christo le propuso vendérsela. En ese momento se sorprendió ante lo que veía como un acto de generosidad atípica viniendo del hijo de un granjero blanco. Sus amigos se quejaban de que los hijos de los jefes de sus padres se metían con ellos e incluso les pegaban. “Pero cuando Christo vio que me gustaba la furgoneta, quiso que la tuviera yo”, comentó Thomas.»

«En muchas granjas sudafricanas, los trabajadores negros ponían apodos a sus jefes blancos en sus lenguas nativas. A veces, esos apodos tenían un punto burlón. Un granjero afrikáner al que conocí supo, tras veinte años, que sus empleados, a sus espaldas, lo llamaban *S/ajo*, “muela de afilar engrasada”, [...]. Pero Thomas fue a ver a Christo un día y le contó que los niños negros de la granja habían decidido llamarlo *Thosho*. Thomas me explicó que significaba “el que ayuda a los demás”. Christo se sintió aliviado al oírlo. Siempre se había visto un poco fuera de lugar en su propia familia.»

«Me contó que él “se crio en los campos”. Cuando no estaba con Thomas, a Christo le encantaba recorrer solo la granja de su padre. Se acercaba a pie hasta sus lindes, lo que le llevaba una hora y media.»

**«Los sudafricanos blancos de cierta edad, los que se criaron bajo el dominio blanco, me contaban a veces, avergonzados, que creían que habían tenido unas infancias “encantadas”. Un amigo mío se crio en una familia de clase media alta en Johannesburgo. Nadie cuestionaba su derecho a subirse en su bicicleta al salir de clase y montar hasta cansarse, más allá de los círculos concéntricos de casas residenciales, con sus piscinas azul topacio, más allá de los muros de caña que vallaban los parques públicos, hasta las colinas grisáceas que quedaban más allá de los límites de la ciudad. Todo le parecía suyo, a su alcance para la exploración, como el coto privado de caza en el que cazaba luciérnagas y lagartijas y se los llevaba a casa en tarros de vidrio. [...]»**

«Otro hombre blanco me contó que también vivió una infancia parecida, a lo Huckleberry Finn. En su colegio casi nunca se abordaba formalmente la cuestión racial. Ni se hablaba del ANC. El levantamiento de Soweto no figuraba en el programa académico de su escuela, en la década de 1980, ni la detención en 1962 de los líderes del ANC en su piso franco de Johannesburgo, Liliesleaf. Le pregunté qué había aprendido de la historia del *apartheid*. “Nada — me respondió—. El gobierno intentaba que pareciera algo normal, como el aire que respirábamos.»

«[...]En cualquier caso, Christo solo tenía cinco años cuando tuvo la primera impresión de que su mundo podía no ser lo que parecía. Esta le llegó en forma de varios camiones con la parte posterior descubierta, de los que usaban los granjeros para transportar ganado. De aquellos camiones solo asomaban muebles: mesas de madera y espejos dorados. La misma clase de muebles que sus padres tenían en casa. Los camiones transportaban a personas blancas que huían de Angola, que se liberó del dominio portugués en 1975. Aquellos “refugiados”, como los llamaba su padre, pararon en la granja de Christo para comer y beber algo.»

**«[...]Se trataba de un rumor sin verificar. Pero Christo ya no volvió a jugar en los campos de la misma manera. En su mente empezó a cobrar forma una idea: que lo que él consideraba la realidad (las barbacoas de fin de semana, las mañanas serenas, neblinosas, sacudidas por los mugidos de las vacas), no era la realidad. Era una farsa, una pantalla endeble a través de la cual la bayoneta de una verdad más dura — que su familia y él tenían enemigos poderosos— podía asomarse en cualquier momento.»**

«[...]La idea del honor cada vez pesaba más en la mente de Christo. Siempre se preguntaba cómo podía emular a su padre, un hombre que llevaba la alegría a su comunidad con su música. En la

escuela, Christo empezó a adoptar papeles que implicaban sacrificio personal. Se enorgullecía de su apodo —Thosho, el que ayuda a los demás— y se vanagloriaba de saber guardar los secretos de los otros niños. »

«En agosto de 1986 llegó un sobre verde al buzón de su familia. Contenía la carta de reclutamiento de Christo para el reemplazo de febrero de 1989 en una base militar. «Ahora empieza la cosa», pensó. Pensar que su sueño estaba a punto de hacerse realidad le dio vida. [...]»

«Pertener a las Fuerzas Especiales se consideraba tan arriesgado que el padre del recluta debía firmar la solicitud. Christo discutió con Johannes al respecto: esa fue una de las pocas discusiones que tuvieron en su vida. Johannes me contó que se le heló la sangre cuando Christo le comunicó que quería ser evaluado.[...] Pero Christo perseguía a su padre por toda la granja, suplicándole. Cuando finalmente Johannes cedió, le dijo muy serio: «Estoy firmando tu sentencia de muerte.»»

«El hecho de que Christo se presentara con tanto entusiasmo a recibir instrucción militar era algo que honraba a la familia. Todos los hombres blancos debían ir a un campo de entrenamiento básico, y los militares perseguían a los prófugos. Pero Jaco sabía que algunos lograban librarse del reclutamiento, huyendo a Europa, o siguiendo unos estudios superiores interminables que les permitían conseguir prórrogas y exenciones. Los términos que se usaban para aquellos jóvenes eran *verraaiers*, traidores, o *slapgatte*, que literalmente significa «culos blandos». Un *slapgat* siempre era un hedonista o un haragán a quien el honor le traía sin cuidado.»

«Oudtshoorn era un lugar caluroso la mayor parte del año, y aquellas sesiones disciplinarias podían llegar a ser tan intensas que había siempre una ambulancia dispuesta por si se producía algún infarto. “No conozco siquiera la palabra correcta para ese castigo — me dijo Christo torciendo el gesto—. Estabas jodido. Te hacían cosas para romperte. Jugaban con tu mente.”»

**«A Christo le enseñaron a pintarse el cuerpo con pintura negra para “confundirse” con los sudafricanos negros. A veces un oficial del Batallón 32 lo encerraba en una jaula y les pedía a los angoleños que le escupieran. “¡Eso es lo que te harán ellos! [los sudafricanos negros]”, le gritaba.»**

«En las siguientes misiones en las que le tocó participar, Christo entraba deliberadamente en una especie de trance. A veces sentía que flotaba sobre el barrio negro a cámara lenta, escrutando, sin interesarse por nada salvo por el destello plateado de un arma. El problema era que ese destello podía estar en cualquier parte. No se enfrentaba a un enemigo uniformado convencional. Muchas tardes, las calles de Katlehong se llenaban de niños con uniformes granates que volvían de la escuela; se reían y se pasaban paquetes de caramelos los unos a los otros mientras, al sol menguante, las mujeres vendían manojos de espinacas y chancletas coloridas en unos tenderetes

de madera. A veces el lugar adquiría un aspecto engañosa-mente bucólico. **A él le habían contado que las armas podían asomar en las mochilas de los niños, o bajo el brazo sarmentoso de una abuela que barría la escalera de entrada de su casa. Cuando, en una ocasión, se quejó a un mando de lo complejo que resultaba identificar a su verdadero enemigo, este replicó sin inmutarse: “Dispara a aquellos a los que hay que disparar”. Era consciente de que empezaba a asociar el peligro con cualquier rostro negro. »**

«Como era civil y era negro, Thomas no estaba autorizado a acceder a los hangares. Pero Christo se sentó con él junto a la verja, y Thomas lo llamó por su viejo apodo, Thosho. Nunca se había sentido tan aliviado de oír esa palabra. [...] Me confesó que temía que Katlehong estuviera “volviéndome racista”.»

«[...]A mediados de 1991, coincidiendo aproximadamente con su veintiún cumpleaños, Christo obtuvo finalmente el destino que esperaba. Se trataba de una misión de reconocimiento de verdad, como en las que soñaba participar cuando era niño. Sus superiores le explicaron que creían que el ANC estaba usando el montículo de desechos producto de la extracción de oro, cerca de Soweto, como campo de entrenamiento. »

«“Nunca la había visto [la muerte] tan de cerca”, me explicó Christo. El angoleño le dijo que su víctima ya se había ido de este mundo. [...] Christo apretó el gatillo en el peor momento de la historia para hacerlo. De haber disparado uno o dos años antes, quizá el gobierno lo hubiera saludado como a un héroe. En ese momento, en cambio, cuando informó por radio de lo ocurrido, se presentó la policía. Una agente le preguntó, irritada: «¿Por qué se ha enfrentado a ese hombre?». Y quiso saber por qué iba pintado de negro y llevaba ropa de civil, como casi siempre que salía en misión de reconocimiento. [...] Combatir contra los terroristas había sido la misión de Christo en la vida. Pero su operación de reconocimiento en aquel montículo minero quedaba fuera de las reglas oficiales sobre las actuaciones de las fuerzas de seguridad, puesto que no llevaba la vestimenta militar correcta. “Según la nueva aplicación de las reglas — me explicó— se me identificó a mí como el “terrorista”. Y entonces, su propio gobierno blanco lo acusó de asesinato”.»

«[...] Pero Christo, allí, se sintió al momento mucho más atormentado de lo que recordaba haberlo estado en Katlehong. Suspendió los exámenes y le confió a su tutor de residencia, un profesor de Derecho llamado Teuns Verschoor, que tenía pesadillas. Al principio a Christo le pareció que se trataba de trastorno por estrés postraumático. Cuando se partía la rama de un árbol, él oía un disparo. Si pasaba una bandada de cuervos graznando sobre el patio de su residencia, él oía francotiradores acechando, acercándose. Pero enseguida constató que con quien más enfadado estaba era con el juez que había presidido la vista por homicidio, y con los otros sudafricanos

blancos. Ese juez, seguramente, había pasado gran parte de su vida haciendo cumplir las leyes del *apartheid*. ¿Y después consideraba a Christo el “terrorista”? »

«La idea de tener que servir en el ejército le había aterrado, no porque fuera cobarde, sino porque no quería matar en nombre de un sistema que él ni siquiera estaba seguro de que hiciera felices a los sudafricanos blancos. En la década de 1980, el régimen del *apartheid* presentaba las comunidades sudafricanas blancas como espacios idealizados en los que todo lo blanco era alegre hasta el absurdo. Pero para algunos sudafricanos blancos la verdad parecía muy distinta. »

«Pero a Christo no le pasó por alto que muchos alumnos negros del campus vestían camisetas del ANC. Y ese hecho le llevaba a sentirse solo. A él no le estaba permitido exhibir aquello de lo que había formado parte. En cierto sentido, seguía viviendo de incógnito, pero ahora de otra manera. Sus superiores militares le habían ordenado que no mencionara sus servicios en el Batallón 32. De hecho, le parecía que habían destruido algunos de sus documentos militares, por si acaso. Christo conocía a Francois. Sabía que Francois no había cumplido con el servicio militar. No le caía bien ese joven al que ahora respetaban por su “valentía”, por trabar amistad con alumnos negros, pero que no había hecho el menor sacrificio »

**«Toda la formación de Christo — de toda la cultura afrikáner— tenía que ver con superar a los enemigos. Y ahora a él le parecía que los sudafricanos negros habían superado a los afrikáners en su propio juego... y que De Klerk los había ayudado. »**

«Christo empezó a pelearse con hombres negros en el campus. A veces, era porque oía que sus víctimas pretendían robar bicicletas a unos blancos. **Pero en otras ocasiones, se descubría propinándoles puñetazos sin ningún motivo. [...] Sencillamente, no podía perdonar a los negros por perdonarlo.** Quizá pareciera raro, pero “las leyes de la simetría poética”, según escribió, dictaban que los afrikáners deberían de haber sido borrados del mapa. Paradójicamente, no hacerles nada lo había dejado a él inmerso en un recordatorio constante de su culpa, »

«[...] A medida que avanzaba la década de 1990, la clase de actos violentos en los que Christo había participado en la UFS se convirtió en endémica en el campus. “Los líderes estudiantiles negros descubrían que [chicos blancos] habían eyaculado en sus mantas — recordaba Verschoor con tristeza—. Entonces los chicos negros formaban un *impis* [una línea de batalla zulú] y desfilaban por los pasillos de los blancos: bum, bum, bum. Era la guerra” »

«Fijarse en los extremistas hace que mantener las posiciones — por más ambigua que sea tu vida diaria— sea un acto de heroísmo silencioso. Ser blanco en Sudáfrica es algo que sigue llevando a una persona a cometer actos de crueldad y sesgo racial constantes y poco sutiles, ya sea pagar mal a la criada (aunque su salario triplique el de la de los vecinos, sigue siendo una

miseria), o pasar de largo ante los seis o siete mendigos que salen al paso en el trayecto de diez minutos camino del supermercado. [...]. No es posible dismantelar el racismo sistémico con las propias manos. Así pues, para algunas personas merecía la pena mantener a Christo cerca, e incluso hinchar su poder. Creer que volvían a surgir variantes más perversas de supremacismo blanco, paradójicamente, otorgaba a los sudafricanos blancos progresistas cierta sensación de comodidad en relación con su propio posicionamiento ético. »

«[...]Si alguien esperaba que la Sudáfrica *postapartheid* fuera una mezcla entre el Departamento de Economía de Princeton y las buenas vibraciones de Bob Marley, estará condenado a la decepción. Si, por el contrario, alguien anticipaba el apocalipsis, al menos ese alguien despertará todos los días y constatará que el fin del mundo todavía no ha llegado. Pero en ese proceso de considerar que el país se estaba volviendo cada vez más decepcionante, los “liberales”, como expresó el alumno de la residencia de Christo, tendían a convencerse de que era verdad. Y un día se veían cumplimentando los trámites para emigrar a Australia, igual que aquellos cínicos de derechas a los que siempre habían odiado.»

«Christo bautizó su nueva residencia de estudiantes con el nombre de Heimat. Técnicamente, solo significa “patria” en alemán. Pero se trata de una palabra famosa por ser la que usaban los nazis para referirse a su sueño de un Estado ario étnicamente limpio. [...]«La verdad es que no sé por qué no se ha apuntado ningún alumno negro.» Cuando lo conocí, Christo evitaba esa clase de provocaciones.»

«Con su nueva residencia de estudiantes, Christo estaba dispuesto a convertirse en un paria, despreciado por otros blancos que eran figuras de autoridad, como el propio Verschoor, a fin de ofrecer a sus alumnos la imagen de personalidad imperturbable, de un hombre al que los cambios de su país no habían cambiado. Pero a mí no siempre me quedaba claro que ese personaje suyo de Heimat representara todo su ser.»

«Christo se desvió para recoger a su hijo de la escuela. Después de estacionar, el pequeño llegó hasta el vehículo acompañado de un niño negro al que pasaba un brazo por los hombros. Christo los saludó a los dos con entusiasmo. «Es un chico estupendo», comentó luego, en referencia al amigo negro de su hijo. Y añadió, alegre, que le gustaba mu-cho que la escuela de su hijo abogara por la integración racial. “Estos niños piensan de otra manera. Creo que no vivirán con las mismas cargas que nosotros.” Pero cuando se trataba de los jóvenes de su residencia — hombres que tenían la edad que tenía él cuando su vida se torció en lo alto de la Mina de Rand—, Christo no veía las cosas con el mismo desapego.»

«[...] a medida que crecía la conciencia sobre el *apartheid* en el extranjero, los prestamistas de otros países exigían a Sudáfrica unos plazos de devolución cada vez más cortos. Se trataba de unos préstamos cuya probabilidad de ser divulgados era menor y con ellos, por tanto, se evitaba la vergüenza. Pero la presión para devolverlos resultaba cada vez más asfixiante. Después, Europa y Estados Unidos impusieron sanciones económicas a Sudáfrica. Un amigo mío era el asistente gubernamental encargado de presentar los datos económicos al presidente sudafricano. **Recordaba el día de 1987 en que las dos líneas de su tabla de presentación se “cruzaron”, y la de la “deuda” superó la del “crecimiento”. No lo dijo en voz alta, pero en ese momento supo que el *apartheid* había terminado.**»

«“Todas las potencias occidentales que criticaban la Sudáfrica blanca eran muy hipócritas.” Naciones Unidas había dictado un embargo obligatorio contra Sudáfrica, pero muchos de sus Estados miembros hacían caso omiso. El gobierno estadounidense también vendía misiles a Sudáfrica, y lo justificaba internamente destacando la animosidad del régimen del *apartheid* hacia Moscú. El declive del comunismo suprimiría ese tipo de argumentos y dejaría sin ellos a cualquiera que apoyara a Sudáfrica, más allá de la defensa pura y dura del supremacismo blanco.»

«A finales de 1985, el ministro de Justicia del *apartheid* empezó a reunirse en secreto con Mandela en la cárcel, iniciando así, *de facto*, unas negociaciones de cara a un gobierno de la mayoría. Dos años después, un grupo de políticos blancos liberales, periodistas contrarios al *apartheid* y empresarios blancos profundamente preocupados por las sanciones económicas organizaron una serie de reuniones secretas con máximos dirigentes del ANC, las primeras de las cuales tuvieron lugar en Dakar, Senegal. A esos encuentros se los bautizó como “Safaris de Dakar”. En uno al que asistieron miembros de la élite blanca, Thabo Mbeki, exiliado del ANC, rompió el hielo en el bar del hotel con una broma: “Sí, aquí estamos los terroristas — les dijo a los blancos mientras servía unos whiskies—. Y, según ustedes, también malditos comunistas”.»

«“Ellos.” Cuando llegué a Sudáfrica, me sorprendió que casi todos los sudafricanos blancos, incluso los que se identificaban como progresistas, recurrían a ese pronombre para describir a los negros. Un amigo mío, activista político de izquierdas, descubrió una mañana que le habían robado el coche. Me llamó furioso. —¡Ellos me han robado el coche! — dijo a gritos. —Pero ¿sabes quién ha sido? — le pregunté. —No — respondió él, perplejo—. ¿A qué te refieres? Se daba por hecho que ahí había un “ellos” al acecho para despojarlo de sus cosas»

«[...] A lo largo de toda nuestra conversación, Mbhele consiguió hablar sin alterarse. Solo cuando le mencioné a F. W. de Klerk, el último presidente blanco de Sudáfrica, se permitió un estallido de ira. De Klerk ganó el premio Nobel de la Paz en 1993 *ex aequo* con Mandela por haber ayudado a encaminar la transición hacia la democracia. “Pero yo nunca diré que lo merecía — soltó Mbhele,

secándose las lágrimas de los ojos—. Nunca lo perdonaré.” No perdonaría nunca a De Klerk por lo que su régimen había hecho a sus paisanos. Pero, sobre todo, nunca lo perdonaría por lo que le había hecho a él, a Wally Mbhele. Por las dudas que De Klerk sembró en su propia mente sobre su decencia en tanto que hombre negro.»

**«La definición pública de heroísmo y bondad en Sudáfrica se había modificado rápidamente, tanto que ni su capacidad de comprensión personal, ni sus emociones, sus hábitos y, por descontado, las órdenes militares que recibía, podían ir a la par. A principios de la década de 1990, entre las estructuras de poder blancas estallaron conflictos sobre cómo debían actuar. Había gente que seguía manteniendo la creencia de que la liberación negra destruiría Sudáfrica y debía impedirse.»**

«A finales de la década de 1980, la prensa internacional cubría las informaciones sobre Sudáfrica como si cualquier acontecimiento — una huelga, una protesta, una muerte— fuera el preámbulo de un apocalipsis racial inevitable y sangriento. “Los corresponsales internacionales estaban muy nerviosos y no querían perderse el inicio de la Gran Guerra Racial Sudafricana”.»

«La opinión generalizada era que quizá las élites aceptaran la idea de un gobierno de la mayoría negra, pero los afrikáners medios y los activistas corrientes de los *townships* no la aceptarían jamás. En el *New York Times* se presentaban los barrios negros de principios de los noventa como un laberinto “estigio” de “edificios bombardeados” presididos por hombres fuertes violentos y sedientos de poder que “entrelazaban sus gruesos dedos sobre [sus] prominentes barrigas”, y, para el rotativo, las localidades agrícolas blancas eran lugares cuyos residentes embadurnaban de alquitrán y cubrían de plumas a sus propios alcaldes si estos planteaban la más mínima relajación de las Leyes de Pases. Pero después de la salida en libertad de Mandela, De Klerk organizó un referéndum entre los votantes blancos sobre la conveniencia de sustituir la constitución del país por otra de carácter mayoritario. Dicho de otro modo, les pedía a los sudafricanos blancos que renunciaran a su privilegio político de manera voluntaria. En 1992, los votantes blancos aceptaron dicho cambio con una mayoría de dos tercios.»

**«El ANC y el régimen del *apartheid* empezaron a negociar una nueva constitución basada en el principio de un hombre/ un voto. “Asombrosamente, y casi de la noche a la mañana — escribieron Mark Shaw y Anine Kriegler, los destacados criminólogos—, la escalada de violencia” en lugares como Katlehong “cesó y se inició una desescalada gradual”. Y a finales de abril de 1994, los sudafricanos formaron colas kilométricas para escoger a Nelson Mandela como primer presidente negro del país. »**

«A medida que el colonialismo en África retrocedía — y a medida que se cuestionaba más lo que defendía el régimen del *apartheid*, esto es, que los blancos eran los únicos capaces de gobernar el país— la vía transitable para los sudafricanos blancos se estrechaba cada vez más, y los que tropezaban quedaban fuera.»

«La gente aseguraba que los sudafricanos blancos acababan de recibir un regalo sin parangón en la historia: la oportunidad de vivir junto a las personas a las que habían oprimido, en gran medida sin que nadie les molestara. Las negociaciones constitucionales permitieron a De Klerk gobernar inicialmente con Mandela en un mandato compartido, dejaron en pie las estatuas de los héroes afrikáners y supusieron un modelo para la Comisión para la Verdad y la Reconciliación, aquella serie de célebres sesiones que permitieron que algunos de los responsables de crímenes políticos de la era del *apartheid* fueran amnistiados.»

**«La posición de Sudáfrica como último país en conseguir la libertad le añadía la presión de tener que demostrar que al menos uno de los cincuenta países subsaharianos podía tener un éxito absoluto. »**

«El fin del *apartheid* había abierto las ciudades a los negros, pero no creó muchos puestos nuevos en ellas, por lo que numerosos recién llegados seguían siendo visitantes, condenados a formar colas interminables, como si estuvieran atrapados en un eterno proceso de inmigración. »

«Aquella afirmación disgustó al joven pasajero negro. “No deberíamos decir eso”, la aleccionó. Intentar eliminar culturas que no les gustaban era algo que hacían los blancos. “La gente progresista — informó a la azafata — tiene el deber de preservar las cosas que detesta.” Y, volviéndose hacia mí, sonrió. “*EK HOU VAN AFRIKAANS!*”, exclamó. ¡Me *encanta* el afrikáans! Esa especie de autollamada a ser mejores que los blancos la oía constantemente. »

«Había sudafricanos negros que aseguraban que para los negros en el poder sería existencialmente imposible volverse como los blancos. Un sociólogo negro escribió que “dada su tolerancia e inclusividad, los negros podrían convertirse en los verdaderos custodios de un liberalismo progresista convenientemente contextualizado... Gracia, dignidad y autoestima siempre han sido las características definitorias del mundo negro”. »

«[...] él redactó muchos de los célebres discursos de Mandela de principios de los noventa. Pero cuando empezó a pronunciar discursos él mismo, los comentaristas lo consideraban “airado”, y “el típico afrobolchevique”. Se reían cuando citaba a Shakespeare, como si oír las palabras del Bardo en boca de un negro resultara divertido. Entre bastidores, Mbeki se refería con amargura a ese fenómeno como el “síndrome del único buen nativo”, por el que los occidentales reconocían que podía haber un buen político africano — Mandela—, pero solo uno. Irónicamente, las

políticas económicas de Mbeki contribuían a garantizar un entorno en que muchos sudafricanos blancos prosperaron después del *apartheid*. Alejándose de lo que el ANC proponía cuando no estaba en el poder, hacía hincapié en la reducción del déficit y la liberalización comercial.»

**«“Algunos de nosotros — comentó ácidamente— habríamos querido ir mucho más lejos” en relación con los líderes del anterior régimen blanco, y encarcelarlos. Pero “la gente decía que no podía haber un Núremberg [en Sudáfrica] ya que ello habría enturbiado un importante experimento”... y “porque las personas [blancas] no confían en que los africanos negros gestionen unos juicios de Núremberg de manera justa”. »**

«[...] En el contexto moral del país había empezado a idolatrarse de pronto a gente que había sido victimizada. Y así, para los sudafricanos blancos, representarse a sí mismos como desclasados les permitía, extrañamente, adquirir cierto sentido del honor.»

«[...] tras el fin del dominio blanco, ya no había una razón concreta por la que los sudafricanos blancos no pudieran alardear de unas casas arquitectónicamente ostentosas. Los hogares ganaban en tamaño y lujo, al tiempo que las localidades de veraneo para blancos proliferaban en la costa. Ciudad del Cabo se pobló de cafeterías y locales que se dirigían a una clientela casi exclusivamente blanca, en los que se servían cosas como unos cafés a nueve dólares destilados [...]. Pero el progreso racial en Sudáfrica había venido acompañado, según él, de cierto abandono de la humildad por parte de los blancos. »

«Acabé por entender que inflamar la indignación de los sudafricanos negros constituía una meta para ciertos sudafricanos blancos. La provocación podía ser cruel. “Para los que defienden que el legado del colonialismo SOLO fue negativo — tuiteó una destacada política sudafricana blanca— piensen en nuestro sistema judicial independiente, en la infraestructura de transportes, en las canalizaciones de agua, etcétera. ¿Habríamos vivido una transición hacia una asistencia sanitaria y una medicación especializadas sin la influencia colonial? Sean sinceros, por favor.” »

«Los sudafricanos negros, históricamente, no estaban acostumbrados a la presencia visible de emigrantes de otros países africanos. A los negros de otros países casi nunca se les permitía el acceso a una Sudáfrica gobernada por blancos, y ellos no percibían el país como destino atractivo. Pero eso cambió después del final del *apartheid*. De pronto, la economía más desarrollada del continente se abrió a los negocios africanos. Los líderes del ANC se sentían presionados a no limitar la inmigración a otros países africanos, para que nadie pudiera acusarlos de tener los mismos prejuicios que sus antecesores.»

«La mayoría de los sudafricanos negros que conocí decían que creían que los sudafricanos tenían el deber de ayudar a sus “hermanos” africanos. Pero, en la práctica, muchos se oponían a la

implicación según la cual, dado que ellos habían sido los últimos en alcanzar la liberación y habían soportado más la presencia y las inversiones de capital de los blancos, tenían la obligación de rescatar a todas y cada una de las víctimas del colonialismo en el continente africano.»

«[...] Un soldado zambiano, con desprecio mal disimulado, se volvió hacia el sudafricano y le preguntó: “Pero hombre, ¿qué estáis haciendo? Por lo que yo sé, en Sudáfrica hay cinco negros por cada blanco. Y sin embargo estáis aquí, preparándoos sin fin para la guerra en nuestro país. Habláis constantemente de recuperar vuestra tierra. Pero es que podríais recuperarla. Debéis preguntaros: ¿de qué tenéis miedo? ¿Por qué sois débiles? ¿Estáis seguros de que queréis ser libres? Los números no mienten. Es cinco a uno.»

«Chris Hani era un líder del Partido Comunista Sudafricano y dirigente del Umkhonto we Sizwe. Pertenecía a una generación más joven que Mandela [...]. En los difíciles años inmediatamente anteriores al fin del dominio blanco, decía cosas como “No me ando con rodeos cuando hablo del régimen [blanco]. Lo odio intensamente”. Cuestionaba la idea de otorgar una amnistía a cargos del *apartheid*, y simpatizaba con lo que llevaba a los jóvenes negros a la violencia, dotándola de cierta racionalidad y dignidad. [...] Pero a principios de la década de 1990 “nadie podía decir que Mandela estaba equivocado”»

« [...]Al cabo de una hora le llegó la noticia. Un asesino blanco había disparado contra Hani y había acabado con su vida. Cuando llegó a la Casa del Pueblo y puso la radio, a Gadifele le sorprendió descubrir que “incluso los presentadores blancos de los programas de música lloraban.”Por favor, por favor, calmaos”, suplicaban. Ella se daba cuenta de que estaban aterrorizados. Los líderes negros también tenían miedo. En el fondo, mucha gente daba por sentado que la actitud de Hani representaba el verdadero sentimiento de venganza de los sudafricanos negros.»

**«A veces, los sudafricanos de más edad a los que conocía me contaban que eran incapaces de recordar su infancia. Decían que no tenían recuerdos anteriores a sus diez o doce años, y añadían: “¿No le ocurre eso a todo el mundo?”. [...] me parecía que quizá, de manera inconsciente, podían haber reprimido los suyos como mecanismo de autoprotección.»**

« [...] Y resultó que sí, que aquellas lagunas en la educación de los estudiantes negros eran intencionadas. Los planes de estudio de las escuelas estatales, que los alumnos negros definían como exasperantes y “huecos” por lo que respectaba a la historia sudafricana, habían sido diseñados así expresamente.»

**«Resultaba triste constatar el poco consuelo que los sudafricanos blancos se permitían a sí mismos extraer de la empatía brindada por personas negras. Constantemente me comentaban que no merecía la pena solicitar los fondos de rescate para pequeñas empresas**

concedidos por el gobierno negro, ni pedir ayuda a policías negros, e incluso a sus vecinos negros. Insistían en que los negros no tenían interés en los blancos. Lo irónico del caso era que los sudafricanos negros demostraban mucho más interés en las vidas de los blancos, incluso en su sufrimiento, que viceversa. Pero había algo muy poderoso que se interponía entre los blancos y su esperanza de que los negros los comprendieran: el orgullo.»

«A pesar de todo, a pesar de todas sus desventajas, los negros, en Sudáfrica, gozaban de una libertad de la que carecían los blancos: estaban libres de la sensación de que tenían que esconderse. Los blancos casi nunca caminaban por la calle. Su aversión a caminar no estaba necesariamente relacionada con ningún dato real que les indicara que resultaba arriesgado. En el fondo, creo que eso era algo que sabían incluso los más claramente temerosos.»

«Los negros tenían poder, pero no un poder que ellos escogían ejercer. Por el contrario: esperaban que los blancos les dieran lo que se les debía. Un superviviente del Holocausto escribió que, curiosamente, la autculpa puede ser una “fantasía defensiva omnipotente”. Se trataba de una extraña paradoja, pero hasta cierto punto, tras el fin de la segregación racial, llegar a la conclusión de que los blancos habían tenido razón al desconfiar de uno se convirtió en una manera de sentirse libre.»

« [...]—Escribo — le dije. —¿Sobre qué? —Sobre Sudáfrica. —Ah — replicó él, más curioso de pronto—. ¿Y acaba bien o acaba mal? La gente siempre me preguntaba eso. La historia de Sudáfrica, ¿tiene un buen o un mal final? La enseñanza de la historia, ¿es feliz o es triste? Los turistas preguntaban dónde podían ir para ver ‘la verdad’ del experimento *postapartheid* que se había llevado a cabo en el país. Resultaba frustrante lo difícil que era de localizar. Al conducir por las autopistas, la vista descarnada de los barrios negros, a su izquierda, contrastaba con otros lujosos, anteriormente blancos, a su derecha. “¿Es esa imagen — de las divisiones que se mantienen— la que debería llevarme?”, preguntaban. »

«Gracias a la burbuja en la que vivían los blancos, la Sudáfrica del *apartheid* era un lugar en el que podían creer, simultáneamente, que estaban donde estaban por méritos propios y que ya se encontraban en el apogeo de la civilización occidental [...]. Durante décadas, los altos muros — la censura de libros, televisión y radio; los embargos que impedían la entrada al país de productos extranjeros— protegían aquella imagen de cualquier alteración, y lo hacían hasta tal punto que era como si los sudafricanos blancos vivieran en un jardín cerrado en cuyos muros hubiera paisajes pintados con tanto detalle que ellos tomaran su jardín por el mundo entero. Muchos sudafricanos blancos que emigran, acaban regresando a su país porque les resulta insoportable vivir en lugares de mayoría blanca en que el color de la piel no confiere tantas ventajas materiales ni psicológicas.»

**PENÍNSULA**

**Para ampliar información, contactar con:**

**Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área de Ensayo)**

**M: 682 69 63 61 / E: [lfabregat@planeta.es](mailto:lfabregat@planeta.es)**